

El martirio

EN MI EXPERIENCIA DE JESUITA EN EL SALVADOR

JON SOBRINO



Nace en Barcelona en 1938 y vive en El Salvador desde 1957. Es licenciado en filosofía y doctor en teología.

Teólogo de la liberación, hace teología desde, por y para los empobrecidos y crucificados del mundo.

Es jesuita y fue de la comunidad de Ellacuría y los mártires de El Salvador. Amigo cercano de Monseñor Romero. Continúa su misión profética en El Salvador.

Es autor de numerosos libros, entre otros, "Cristología desde América Latina", "La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas" y "Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía".

A veces pienso que yo nací al cristianismo cuando mataron a Rutilio Grande. Rutilio fue una gran persona, salvadoreño, sacerdote y jesuita. Después de una búsqueda de largos años, trabajó en la Parroquia rural de Aguilares. Allí se transfiguró con los campesinos, su pobreza y la opresión bajo la que vivían, su generosidad y su esperanza. Vio también muy de cerca el pecado del mundo, la opresión y la represión a los campesinos. Su pastoral fue absolutamente creativa, guiada por su fe en el Dios de Jesús, no en cualquier Dios, y por el derecho a la vida de los pobres. Su palabra profética –recuérdese su homilía del 17 de febrero en Apopa– fue excepcional.

Yo traté con él en varias ocasiones desde que llegué a El Salvador, definitivamente, en 1974. Me pareció desde el principio un buen jesuita, alguien de quien aprender cosas importantes que no están en ningún libro, ni siquiera en nuestros textos sagrados. Era aprender de una vida real. Pues bien el 12 de marzo de 1977, hacia las 6 de la tarde llamaron a mi comunidad con la noticia que Rutilio había sido asesinado junto con un anciano y un niño. Inmediatamente fui a Aguilares. Allí estaban los tres cadáveres rodeados de centenares de campesinos, que le lloraban como sólo se llora a un padre y a una madre. Ese día, a mis 38 años, creo que nací a la fe; si se quiere a una fe distinta y más honda, llena de verdad, pues el martirio de Rutilio hacía evidentes muchas verdades de la escritura, empezando por la verdad de Dios. Y llena sobre todo de amor y de gracia. Rutilio lo había dado todo, pero el también había recibido todo de los campesinos y campesinas.

El 24 de marzo de 1980 estaba yo en mi casa escribiendo una carta al Provincial de Bolivia solidarizándome con los jesuitas bolivianos por el asesinato de Luis Espinal, ocurrido pocos días antes. Sonó el teléfono y lo contesté, pues era el único que estaba en casa: habían asesinado a Monseñor Romero. Quienes más le lloraron fueron los pobres de su pueblo. Nosotros, los jesuitas, Ellacuría y yo, fuimos amigos muy cercanos. Le ayudamos durante sus tres años de arzobispo en todo lo que pudimos. Pero la ayuda fue en las dos direcciones, y en definitiva él fue quien nos ayudó. Ellacuría lo dijo en marzo de 1985, cuando en la UCA le dimos un Doctorado Honoris Causa, póstumo, en teología. "Ciertamente, Monseñor Romero pidió nuestra colaboración en múltiples ocasiones y esto representará para nosotros un gran honor, por quién nos la pidió y por la causa para la que nos la pidió... Pero en todas estas colaboraciones no hay duda de quién era el maestro y de quién era el auxiliar, de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el ejecutor, de quién era el profeta que desentrañaba el misterio y de quién era el seguidor, de quién era el animador y de quién era el animado, de quién era la voz y de quién era el eco".

Estas palabras son de las más bellas que yo escuché a Ellacuría. Monseñor Romero fue fundamental para él. He escrito que la fe de Ellacuría –ese misterio último personal, tan difícil de poner en palabra, sobre todo en personas como Ellacuría– era llevada por la fe de Monseñor Romero. Y así pasó a muchos otros jesuitas y ciertamente a mí. No sé a ciencia cierta como sería Jesús de Nazaret, pero Monseñor me recordaba mucho a él, quizás más que ninguna otra persona. Monseñor vivió de Dios y de su pueblo, y para su pueblo fue, como Jesús, "pastor, profeta y mártir". Pastor porque los defendió de los lobos, profeta porque fue voz de los que no tienen voz y en contra de los que tienen mucha voz, mártir porque fue testigo de



Muerte de Ignacio Ellacuría y compañeros

Tailandia, dando un breve curso de cristología. Hacia las 12 de la noche, una nueva llamada telefónica. Un gran amigo me llamó desde Londres y me dijo si estaba sentado y si tenía algo para escribir. "Han asesinado a Ellacuría", me dijo, y no escribí nada pues me lo temía. Pero siguió hablando: "han asesinado a Montes, Nacho, Amando López, Juan Ramón Moreno y el Padre Joaquín López". A cada nombre esperaba yo que fuese el último, pero no fue así. Habían asesinado a todos, toda mi comunidad, toda mi familia. Pero mi amigo siguió hablando: "también han asesinado a la cocinera y a su hija". La cocinera, Julia Elba, era una mujer de unos 47 años, que había hecho de todo para vivir y sobrevivir, como tantas mujeres salvadoreñas y latinoamericanas. Su hija, Celina, tenía 15 años. Era estudiante de bachillerato, catequista y deportista, tenía novio y pensaba casarse pronto.

Varias veces he escrito sobre los hechos del 16 de noviembre, que recordamos como cosa sagrada todos los años. Sobre lo que eso significó para mí, creo que a nivel psicológico el impacto ha variado en los últimos 15 años, como es natural. Pero al nivel más hondo, al nivel humano, creo que puedo repetir hasta el día de hoy lo que dije en una misa que celebramos en Huahin al día siguiente: "Tengo una mala noticia que darles. Han asesinado a toda mi comunidad, a toda mi familia. Pero tengo una buena noticia que darles: he tenido el privilegio de vivir con gente buena".

Sólo algunos recuerdos más. A final de noviembre de 1980, junto con Jon Cortina, otro compañero jesuita, estaba yo escondido en el Colegio de las Hermanas de la Asunción. Lo que hacíamos con frecuencia en aquella época de persecución y de bombas en nuestra comunidad. Pues bien, el primero de diciembre las religiosas del colegio estaban un poco inquietas porque no habían llegado dos hermanas Maryknoll, que trabajaban con los campesinos en Chalatenango, que solían hospedarse en el Colegio cuando venían a la capital. Nunca llegaron, y después supimos por qué. Las dos religiosas de Maryknoll, Ita y Maura, una religiosa Clarisa, Dorothy, y una misionera laica, Jean Donovan, fueron capturadas cuando venían del aeropuerto. Las llevaron a un lugar inhóspito,

Dios pero de una manera muy precisa: viviendo el mayor amor, del que habla Jesús en el evangelio de Juan, sin condiciones, hasta el final.

El 16 de noviembre de 1989 estaba yo en Huahin,

Tengo muchos otros recuerdos, otros 10 sacerdotes, más abogados, periodistas, médicos, maestros, estudiantes... asesinados. Y a eso quiero añadir lo que cada vez me parece más fundamental: las muertes de miles y millones que mueren inocente e indefensamente. En el Mozote fueron alrededor de mil personas, casi otras tantas en el río Sumpul, y en la Quesera, y tantos y tantos más. Y esas muertes violentas por asesinato y tortura consuman la muerte diaria por hambre, enfermedad, pobreza... Son verdaderamente el cuerpo de Cristo en la historia, el siervo doliente de Yavé... Y no sólo en El Salvador sino en muchos países de Centroamérica, el Caribe y Sudamérica. También Afganistán e Irak. Hoy sobre todo en África, ignorada, silenciada, despreciada.



Óscar Romero

Romero y Ellacuría murieron por defender a esos pueblos crucificados y sin éstos la vida de aquellos no significa nada. Y sin embargo estos miles y millones de mártires, en general pasan desapercibidos, permanecen anónimos, las teologías, aun las progresistas, no saben qué hacer con ellos. Y entre las causas de los santos no figuran estos mártires inocentes e indefensos.

Pudiéramos seguir así, pues nuestro planeta y nuestro continente latinoamericano está lleno de esos mártires individuales, a los que yo los llamo jesuánicos porque en vida y en muerte se parecen a Jesús de Nazaret. Pero quiero recalcar sobre todo que está lleno de las víctimas de Ruanda y el Congo, de Afganistán e Irak, y de los 1,300 millones de seres humanos que tienen que vivir con un dólar o menos al día.

Muchas cosas ocurren *En la calle*, pero lo dicho sigue siendo lo más clamoroso. Y más aún lo es la bondad y genero-



Rutilio Grande

sidad que se hace patente en los mártires como Jesús y que está escondida en los oprimidos y masacrados. Pensando en los lectores de *En la calle* se me ocurren, para terminar, estas breves reflexiones.

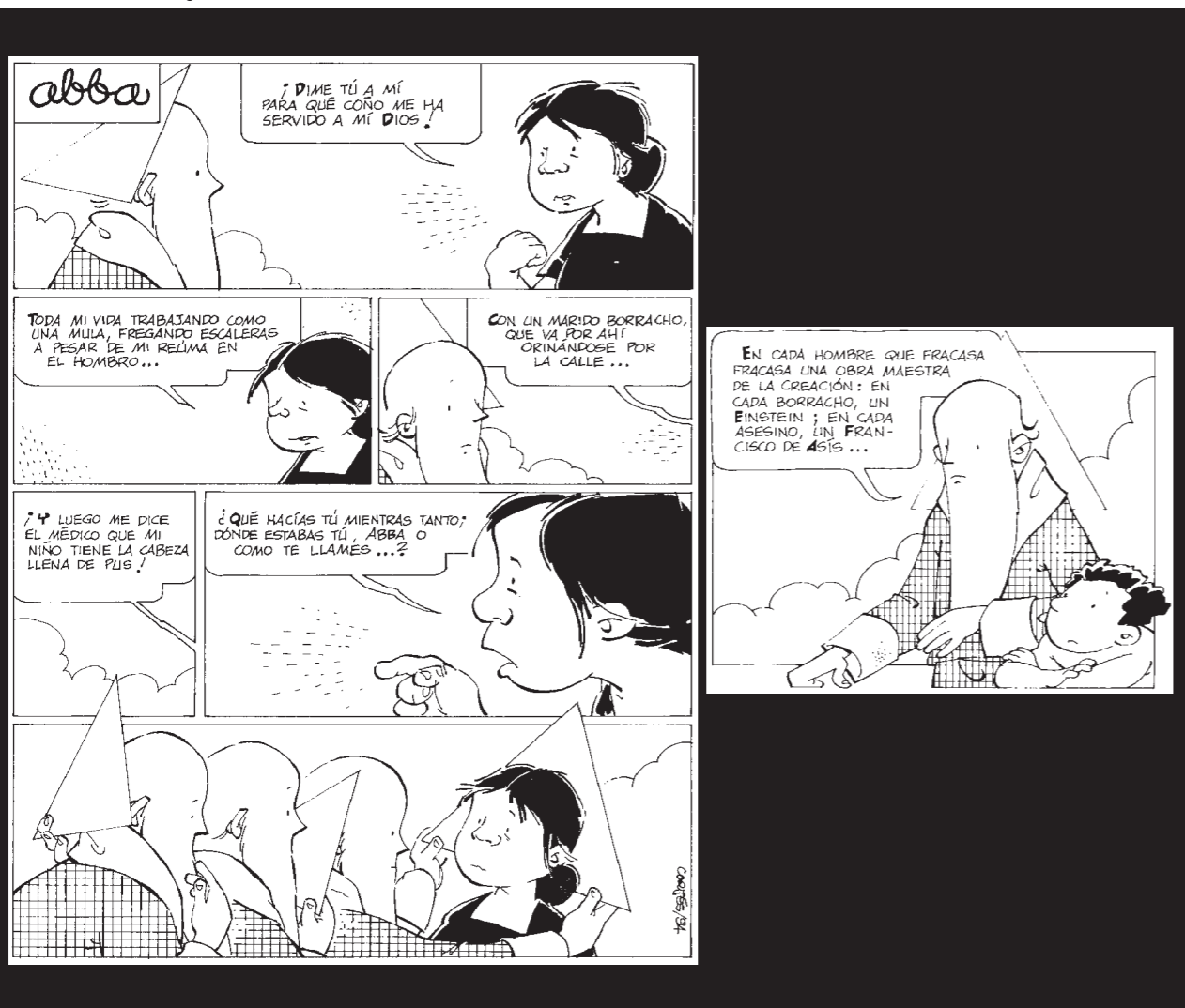
1. Es cierto que la historia sigue su curso, y piensan algunos que no es ya hora de insistir tanto en los mártires, y algunos lo teorizan en nombre de la postmodernidad. Es cierto que no puede uno anclarse en el pasado ni obsesionarse con esos mártires. Es cierto que hay paradigmas en los que hay que vivir y problemas nuevos a los que hay que dar respuesta. A veces nos lo dicen algunos jóvenes: ¿por qué no dejarnos ser de otra manera y no estar todo el santo día hablando del pasado, en este caso de los mártires?

Pero dicho todo esto, desde mi experiencia sólo puedo decir con toda sencillez que para mí y para muchas otras personas que conozco hay algo de insustituible en Romero y Rutilio, en las víctimas de El Mozote o de Rwanda. Los mártires no son lo único, pero sin ellos y ellas cosas muy importantes ya no serían posibles para mí.

2. Ante todo, la comprensión y la fe en un Cristo, que es Jesús de Nazaret, y en un Dios que es el Padre de Jesús y el Padre de huérfanos y viudas. “Modernidad”, “postmodernidad”, “interculturalidad”, “democracia”, “calidad de vida”..., son conceptualizaciones de realidades importantes, más o menos aptas en una determinada época, pero con anterioridad a ellas está la realidad. Pues bien, los mártires son los que me han dado luz para ver la realidad como pecado, que da muerte, y como gracia, que da vida, como tentación a la resignación total, al egoísmo, y como invitación a la esperanza y la generosidad...

Quizás todo esto, fe y justicia, mártires, pueda parecer cosa del pasado. Pero no se ve que la humanidad vaya a ser más humana sin ello. No queremos más muertos en este mundo, pero nunca debíamos olvidar a los mártires. Son los que se parecen a Jesús, la presencia del amor entre nosotros.

LA MIRADA DE JOSÉ LUIS CORTÉS



“ACABAR CON LA POBREZA es perfectamente viable”

JOSÉ PÉREZ GÁNDARA

En el mes de septiembre de 2000, en la Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas, se convino establecer objetivos precisos en dirección a combatir la pobreza, el hambre, las enfermedades, los problemas ecológicos, el analfabetismo y la discriminación contra la mujer. Se trata de los objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM).

La ONU ha establecido una campaña institucional con la finalidad de promocionar el contenido de los ODM. En este contexto, la CONGDE ha lanzado en 2005 su campaña “Pobreza cero” con la intención de implicar a todos los ciudadanos de la sociedad española en la lucha contra la pobreza. La Revista “En la Calle” se proponen acercar esta campaña a sus lectores, con el fin de sumar sinergias encaminadas a la consecución de los citados objetivos.



PABLO MARTÍNEZ OSÉS

es el responsable de la campaña Pobreza Cero (www.pobrezacero.org) que ha puesto en marcha la Coordinadora de ONGs de Desarrollo de España (CONGDE), en la que participan más de 400 ONGs de Desarrollo y más de 200 organizaciones sociales. Fue miembro fundador de Proyecto Hogar y vivió en pisos tutelados para este colectivo durante seis años. Estudió Filosofía y es especialista en Cooperación Internacional. Trabajó en Nicaragua con organizaciones locales y fue coordinador de la Campaña de emergencias tras el Mitch en Cáritas española. Con amabilidad y prontitud nos va respondiendo a las diversas preguntas.



Hace Federico Mayor Zaragoza la siguiente afirmación: “que sean los valores universales de justicia, libertad, igualdad y solidaridad y no los intereses miopes del mercado los que guíen nuestro destino común”. ¿Te parece realista la afirmación en un mundo globalizado? ¿Se convertirá el siglo XXI en el tiempo del reparto equitativo de las riquezas?

Ciertamente, hasta ahora hemos conocido una globalización de carácter esencialmente económico que ha sido guiada por parte de los grandes intereses comerciales. El mercado se ha demostrado incapaz de garantizar por sí mismo la erradicación de la pobreza y la disminución de la injusticia y la desigualdad. El siglo XXI será el que reafirme y extienda la mayor creación de la humanidad, que es el reconocimiento de los Derechos Humanos como principios fundamentales.

Vamos a concretar, Pablo. La pobreza es una realidad estructural, cada vez hay más pobres. ¿Es posible acabar con ella?

La pobreza y la desigualdad tienen causas estructurales, que están ancla-

das en la forma de organización social y económica de los que nos dotamos. Acabar con la pobreza es perfectamente viable, no hay misterios para ello desde el punto de vista técnico o económico, pero requiere de una inequívoca voluntad política, por parte de los pueblos y de sus gobernantes.

Con los Objetivos del milenio, ¿algo va a cambiar en la vida real de tantos pobres?

De momento están siendo puestos delante de las agendas de los gobiernos, instituciones y poderes internacionales. Gracias a los Objetivos del milenio, cada vez es más difícil para determinados intereses políticos y económicos reunirse sin encontrarse con que los pobres están clamando una solución a tanta injusticia. Tal vez los ODM no sean cumplidos íntegramente, pero han logrado introducir la lucha contra la pobreza entre las prioridades de las agendas internacionales, en las primeras planas.

¿Cómo se pueden afrontar los efectos de la globalización del mundo del trabajo?: paro, aumento de la precariedad laboral